

Hora de Taller. Taller de España¹

En «México y los poetas del exilio español», Octavio Paz ha dicho que el asunto que nos ocupa —el de la emigración de los escritores españoles a México durante y después de la Guerra Civil— es un capítulo de la historia de «los pueblos en dispersión y las naciones fugitivas»; un episodio de la historia nacional de España y, finalmente, un episodio también de «otra historia igualmente tormentosa: la de las relaciones entre México y España»².

Comentaré un apartado, casi una nota al pie, de esa historia, que atañe a la literatura: el de las relaciones entre la revista española *Hora de España* (1937-1939) y la mexicana *Taller* (1938-1941). Me conduce a revisar este capítulo la necesidad de enmendar una doble injusticia: la que, en los trabajos sobre el exilio de la generación española, ignora el quehacer de su contraparte mexicana, y la que, cuando no ignora el episodio de las relaciones entre estas revistas, lo reduce si acaso a una suerte de prolegómeno anecdótico a la fundación de *Romance*³. Me interesa proponer, en cambio, que fue precisamente en *Taller* donde se llevó a cabo, en materia de hemoerografía, la primera experiencia tanto del exilio como del «período de reconocimiento» que se establece entre españoles y mexicanos, después del «mutuo y obstinado desconocimiento» que ha señalado Paz⁴.

Comencemos por recordar a sus protagonistas: en la nómina de la española se cuentan Rafael Dieste, Antonio Sánchez Barbudo, Ramón Gaya, Juan Gil-Albert, María Zambrano y Arturo Serrano Plaja (Lorenzo Varela se sumaría al grupo en el campo de concentración en Francia y luego en el exilio). En la mexicana militan los poetas Octavio Paz, Efraín Huerta, Rafael Solana, Alberto Quintero Álvarez y Rafael Vega Alvela, a los que se sumarían, parcialmente, el ensayista y periodista José Alvarado y el narrador José Revueltas. La historia de las relaciones entre estas dos generacio-

¹ Ponencia leída en el Coloquio Internacional «Los poetas del exilio español en México», mayo de 1993, El Colegio de México.

² Recogido en Obras completas 3: Fundación y disidencia, dominio hispánico, Círculo de lectores, Madrid, 1990, pp. 308 y ss.

³ Menciono dos casos significativos por la calidad de sus autores: la «Introducción» a la Antología de *Hora de España* (Turner, Madrid, s.f.) de Francisco Caudet, en la que se omite la relación con *Taller* para proponer que la revista española continuaría su labor «fundando *Romance*» (p. 48), error que Caudet enmienda parcialmente en *El exilio republicano en México*. Las revistas literarias (1939-1971) (Fundación Banco Exterior, 1992). Otro tanto hace Rosa María Grillo en «De *Hora de España* a *Romance*» (en *Le Discours Culturel dans les revues Latino-Américaines de l'entre-deux-guerres 1919-1939*, *América, cahiers du CRICCAL*, 45, Sorbona, París, p. 187).

⁴ Paz, op. cit.

nes y sus revistas es inusitada en la crónica de las revistas y generaciones hispánicas y en la nutrida historia de los exilios literarios. Sus antecedentes se ajustan a las clásicas especificaciones de la mecánica generacional, así como al hecho de que ambas promociones surgen en un momento especialmente complicado de la historia política y literaria: ambas representan, a pesar de una leve mayoría de edad por parte de la española, la primera generación que surge en sus respectivos países después del apogeo de las primeras rupturas posteriores al modernismo, y ambas protagonizan un momento singularmente abierto de las culturas hispánicas.

Como siempre sucede, la generación mexicana se hallaba mucho más enterada de su contraparte española (a la que leía desde 1933, cuando Serrano Plaja y Sánchez Barbudo hacían *Hoja Literaria*), no sólo por el superior cosmopolitismo americano y su natural afición a las muchas veces desdeñosas letras peninsulares, sino por la solidaridad poético-política hacia la causa de la República, en la cual leían sus propios anhelos de liberación nacional.

Esta simpatía generacional se verá fortalecida por otra circunstancia determinante: a mediados de 1937, cuando hace proselitismo en favor de la República (por ejemplo es miembro de un «Comité Pro Democracia Española») mientras es maestro en la Secundaria Federal para Trabajadores de Mérida, Yucatán⁵, Octavio Paz, miembro prominente de la generación de *Taller*, recibe una invitación de Pablo Neruda para asistir al Congreso de Escritores de Valencia, junto a Carlos Pellicer, otro poeta independiente, y José Mancisidor, presidente de Liga de Escritores y Artistas Revolucionarios de México, la LEAR —cortada con la tijera de los frentes antifascistas y más o menos subordinada a las exigencias del realismo socialista zhdanoviano⁶. Durante su estancia en España, donde permanece una vez terminado el Congreso, Paz dicta algunas conferencias, experimenta de cerca el horror de la guerra, viaja y se relaciona con jóvenes españoles, campesinos y poetas, sobre todo los de *Hora de España*, cuya *Ponencia colectiva* escuchó, emocionado, en el Congreso. Llevaba una alforja en la que tanto cabían una decidida solidaridad republicana como un natural filomarxismo; su fervor por la poesía española del 27 y una cierta incomodidad ante la poesía helada y cerebral de la mexicana generación de los Contemporáneos, antecesora de la suya; llevaba también una insatisfacción juvenil que proyectaba hacia el dilema español un aliento epopéyico y un fervor ideológico que desbordaba las estrecheces de las muchas organizaciones juveniles prolijadas por el gobierno popular del general Lázaro Cárdenas (1934-1940). En los periódicos mexicanos y en las revistas españolas y americanas, la generación de *Taller* había seguido de cerca los sucesos de la Guerra Civil y las discusiones de Bergamín y Ortega, Gide y Malraux. En las revistas españolas, además, la edificación de sus jóvenes poéticas se había nutrido

⁵ Experiencia semejante a las Misiones Pedagógicas en que se había comprometido en 1933, en España, Sánchez Barbudo.

⁶ La LEAR, que se asumía como la única organización autorizada para representar al arte mexicano, había tratado de sabotear las invitaciones a los independientes. Procuró hacer pasar a Paz como miembro de su organización, y aún hay quien desea creerlo. La hemeroteca despeja cualquier duda al respecto: El Nacional (viernes 11 de junio de 1937, 1.ª, 1) hace la relación de los viajeros y señala: «Octavio Paz y Carlos Pellicer, quienes no pertenecen a la LEAR, cubrirán también todos sus gastos».

de las abundantes discusiones sobre la nueva función de la poesía. Entre ellas, tenían que sentir una especial simpatía por *Hora de España* y por sus colaboradores, algunos de los cuales aparecían ocasionalmente, y seguramente sin saberlo, en las páginas editoriales de *El Nacional*, diario mexicano oficial⁷.

De las dispersas evocaciones de Paz y otros memorialistas se desprende la cercanía que, durante el viaje, el joven poeta mexicano adquirió con Arturo Serrano Plaja —quien más impresiona al joven Paz— y después con Altolaguirre, Juan Gil-Albert, secretario de *Hora de España*, Luis Cernuda⁸ y Miguel Hernández⁹. A Rafael Alberti, que dirige en 1937 la Alianza de Intelectuales de Madrid, lo conocía desde su estancia en México, en 1934, cuando se hallaba en gira de proselitismo en favor del Socorro Rojo Internacional¹⁰.

Gil-Albert recuerda la llegada de la delegación mexicana (a Paz, Pellicer y Mancisidor se habían unido otros escritores y artistas de la LEAR): unos exploradores que atraviesan el mar a contrapelo, navegando en «las doraduras de sus altares, de un churriguerismo que se había declarado independiente y que casi nos chocaba tanto como se nos parecía». Entre la infame turba mexicana —pastoreada por el radical Mancisidor, suavizada por el cuentista Juan de la Cabaña, embriagada por el estruendo del músico Silvestre Revueltas, decorada por el pintor José Chávez Morado, cantada en bajo profundo por Carlos Pellicer, vigilada por el museógrafo Fernando Gamboa¹¹— los jóvenes de *Hora de España* eligen naturalmente a Paz, «figura en que se centró nuestra preferencia» como recordaría Gil-Albert años más tarde, asombrado de que siendo Paz «tan afín y tan diferente a los suyos (los mexicanos), les perteneciera a ellos y no a nosotros»¹².

⁷ Por ejemplo, circula profusamente en los diarios simpatizantes el ensayo de Gil-Albert «Palabras actuales a los poetas», sobre Caballo Verde y el objeto de la poesía.

⁸ «Lo conocí en el verano de 1937, en Valencia. Fue un encuentro fugaz. Una mañana acompañé a Juan Gil Albert, que era el secretario de *Hora de España*, a la imprenta en donde se imprimía la revista. Ahí encon-

tramos a Cernuda, que corrige alguna de sus colaboraciones. Gil-Albert me presentó y él, al escuchar mi nombre, me dijo: "Acabo de leer su poema y me ha encantado". Se refería a Elegía a un joven muerto en el frente de Aragón que debía aparecer en el próximo número de *Hora de España* (septiembre) y que uno de mis amigos, Altolaguirre o Gil-Albert, le había mostrado en pruebas de impren-

ta. Le respondí con algunas frases entrecortadas y confusas...», *ibíd.*, p. 263.

⁹ «Lo conocí cantando canciones populares españolas, en 1937... cantaba con su voz de bajo y su cantar era como si todos los árboles cantaran. Como si un solo árbol, el árbol de una España naciente y milenaria, empezara a cantar de nuevo sus canciones... sé que fuimos amigos; que caminamos por Madrid en ruinas y por

Valencia, de noche, junto al mar, o por las callejuelas intrincadas...» (1942), *ibíd.*, pp. 346-347.

¹⁰ Paz: «Rafael Alberti, visto y entrevistado», *ibíd.*, pp. 375 y ss.

¹¹ También viajaban con el grupo Elena Garro, entonces esposa de Paz, y Susana Gamboa, que no eran delegadas.

¹² *Memorabilia*, Tusquets, Barcelona, 1975, pp. 230 y ss.

A poco de llegar, Paz publica en *Hora de España* su primera colaboración, «Elegía a un joven muerto en el frente»¹³. Luego viaja a las trincheras con Altolaguirre y Serrano Plaja. Cuando regresan, Altolaguirre le publica en la «Nueva colección héroe» una anfibia colección de poemas amorosos y comprometidos, *Bajo tu clara sombra y otros poemas sobre España*¹⁴. Gil-Albert saluda el librito en *Hora de España*, declarando que suscribe la posición de su grupo frente a la poesía exigida por las circunstancias:

En los versos de Octavio Paz nada indica una falsa preocupación ni un abandono desgraciado al tema del momento, por lo cual sus cantos a España no producen esa desagradable impresión de impotencia que origina el confundir en la mayoría de los casos el interés por una causa justa con el ímpetu poético¹⁵.

Entre reuniones y mítines, Paz redacta mensajes a nombre de la juventud de México. Uno de ellos, «Noticia de la poesía mexicana contemporánea (Palabras en la Casa de la Cultura de Valencia)»¹⁶, resulta importante porque, después de que Paz traza las coordenadas de su grupo, lee poesía de sus remotos compañeros mexicanos: Quintero Álvarez, Huerta y Neftalí Beltrán. Nadie se percató, pero esa lectura anunciaba el encuentro que se realizaría dos años más tarde. Cuando puede, Paz escribe también poesía, como su vehemente «Oda a España»¹⁷, una de cuyas estrofas alude a sus nuevos camaradas españoles:

...yo quiero, amigos, camaradas,
que mis palabras, ojos, manos, lengua,
la fértil llamarada que me mueve,
hablen tan vivamente
como estos hechos duros y gloriosos...

Después de una escala en París, en diciembre de 1938, Paz regresa en vapor a México. En una escala en Cherburgo, mira embarcarse en otra nave a tres centenares de viejos españoles, evacuados del norte de España, que esperan su traslado en las bodegas. Paz escribe «El barco», poema que remite luego a sus amigos y aparece en el último número de *Hora de España*.

La guerra los avienta,
campesinos de voces de naranja,
pechos de piedra, arroyos, torrenteras,
viejos hermosos como el silencio de altas torres,
torres aún en pie,
indefensa ternura hundida en las bodegas¹⁸.

Otra premonición: el poema augura las bodegas del *Sinaia*, en las que meses más tarde, en junio de 1939, viaja a Veracruz el grueso del grupo *Hora de España*. En el muelle mexicano, entre manifestaciones de solidaridad, discursos vehementes y pancartas que los dejan atónitos («El Sindicato Único de Tortilleras os saluda»), Sánchez Barbudo recuerda la presencia

¹³ *Hora de España*, 9, julio de 1937. En la versión mexicana, se anotaba el nombre del camarada muerto: el catalán José Bosch. Octavio Paz ha contado su sorpresa cuando, tiempo más tarde, en un mitin político, vio al difunto gozando de cabal salud.

¹⁴ Ediciones Españolas, Nueva colección Héroe, Valencia, 1937.

¹⁵ *Hora de España*, XI, noviembre de 1937.

¹⁶ Leída durante la semana dedicada a México entre el 17 y el 23 de agosto, patrocinada por la Alianza de Intelectuales de Valencia en el Ateneo Popular. Recogida por Enrico Mario Santí en *Primeras letras, Vuelta, México*, 1988, p. 134.

¹⁷ *Letras de México*, 30, 1 de agosto de 1938, p. 3. Poema del que abjuró luego por razones estéticas.

¹⁸ *Hora de España*, 23, noviembre de 1938, pp. 43-45. Véase sobre este poema el comentario de Santí, op. cit., pp. 34 y 35. Se cita la versión aparecida en *Libertad bajo palabra*, FCE, México, pp. 231-233.

de otros exiliados previos como José Herrera Petere, León Felipe, Bergamín y Miguel Prieto, y ya en la capital, «...ansioso y fraternal, Octavio Paz, a quien habíamos conocido durante su estancia en España»¹⁹. El círculo se había cerrado.

Desde su regreso a México, Paz había seguido trabajando por la causa republicana en las páginas de *Taller*, en *Ruta*, en *Letras de México* y otras revistas y periódicos, y por la poesía de sus nuevos amigos, escribiendo sobre ella y propiciando su lectura entre sus camaradas. Los meses en España lo habían llevado a una dolorosa depuración de sí mismo y de su poética. Había experimentado en carne propia la violencia de la historia con su imponderable saldo de soledad para pueblos e individuos y, a la vez, había comenzado a precisar su poética de la *comunidad*. Igual, no puede olvidar a sus amigos españoles y rumia su impotencia. Cuando está por atracar el *Sinaia*, redacta para *Ruta* una exaltada y extensa reseña sobre sendos libros de tres amigos de *Hora de España*, sin saber aún que han sido rescatados del campo de concentración de Saint Cyprien para viajar a México: «A tres jóvenes amigos (Poesía y verdad)»:

¿Cómo sin llanto y veneno en la sangre, puedo yo existir aquí, confiadamente, abandonado a la sola gracia del aire (...) mientras vosotros, en la guerra, eleváis un lento, frenético himno, una perdurable estatua que sonríe al espanto?²⁰

Paz ponderaba la hondura de la soledad de Sánchez Barbudo en *Entre dos fuegos*; *El hombre y el trabajo* de Serrano Plaja le permitía regresar la retórica que había recibido en España al declarar que, por ser «tan profunda y vivamente castellano» el autor es «muy nuestro». La poesía de Gil-Albert le parecía contener un mundo de presencias fugaces, «inmóvil delicia efímera» rota por la guerra.

Además de escribir sobre el grupo, Paz había logrado entusiasmar a sus propios camaradas de generación, como recordará años después Rafael Solana:

Octavio Paz, que había ido a España con Carlos Pellicer durante la guerra, nos inflamó en simpatía por los españoles, a quienes todos quisimos mucho y recibimos con los brazos abiertos; pero fue él, que los había conocido en Valencia, quien nos los presentó y les hizo cabida entre nosotros; si todos seguíamos esa simpatía, sin duda fue él quien la suscitó y nos la inspiró²¹.

Efraín Huerta, a quien sin duda puso sobre aviso y a quien seguramente prestó los libros, publicaría comentarios monográficos en *El Nacional* sobre varios militantes de *Hora de España* y otra reseña en *Taller*, apasionada y fraterna, sobre los mismos tres poetas²².

El taller para la experiencia del exilio y la revista *Taller*, a pesar de sus problemas económicos, estaban listos para el primer encuentro. En sus cuatro primeros números, antes de la llegada del *Sinaia*, de cuarenta y nueve cola-

¹⁹ «El grupo *Hora de España* en 1939» recogido en *Ensayos y recuerdos*, *Laia*, Barcelona, 1980.

²⁰ *Ruta*, 5, octubre 15 de 1938, pp. 52-58.

²¹ *Solana en conversación con Ambra Polidori*, tesis inédita: La revista *Taller*, UNAM, 1981, p. 62.

²² «Tres libros españoles», *Taller* 1, diciembre de 1938, pp. 60-63.

²³ Cabe aclarar que la revista, en sus primeros números, había sido coordinada por el grupo. Solana había pagado y armado el primero; Paz y Quintero Álvarez, los siguientes tres. Huerta participaba poco. Luego, Rafael Solana, que había dirigido las Ediciones de *Taller Poético*, no la revista, salió de viaje a Europa.

²⁴ Dice su testimonio completo: «Paz, al frente de la revista *Taller*, capitaneaba un grupo de jóvenes escritores mexicanos, de aproximadamente nuestra edad, gustos e ideas, con los cuales entramos inmediatamente en contacto. Varios de nosotros fuimos invitados a formar parte de la redacción de *Taller*, una bella revista, aunque de esas hechas por jóvenes en las que no se cobraba. Con quien más contacto personal mantuvimos, de todos los mexicanos, en aquellos primeros meses, fue con Octavio Paz, sobre todo yo». (Ensayos y recuerdos, *Laia*, Barcelona, 1980, p. 92.)

²⁵ «México y los poetas del exilio español», op. cit., p. 320.

²⁶ «Revista de revistas» en *Romance*, I, 1, febrero de 1940, p. 22.

boraciones, dieciséis o son de españoles o tratan de literatura española actual, incluyendo poesía de García Lorca, Bergamín y Prados, ensayos de María Zambrano y Gil-Albert y viñetas de Moreno Villa. Poco después, Paz, con la venia de Huerta y de Quintero Álvarez, invita a colaborar a los españoles y solicita a Gil-Albert que acepte el puesto de secretario de redacción: entre los dos preparan el primer número de *Taller* bajo su responsabilidad²³. En editorial sin firma y refiriéndose a los exiliados, Paz declara:

Al recoger su fraternal colaboración no hacemos más que ahondar y proseguir, ahora de un modo más visible, uno de los propósitos esenciales que dan sentido a nuestra revista: el de nuestra fidelidad a la cultura y, especialmente, a la causa viva de la cultura hispánica.

Paz justifica esta línea de conducta aludiendo a «la comunidad de nuestra tradición» y manifiesta su deseo de que *Taller*, «más que una revista de coincidencias, sin embargo, sea, ante todo, una revista de *confluencias* (...) de la joven generación hispanomexicana». Los jóvenes españoles ingresaron de lleno en *Taller*, «una bella revista», comenta Sánchez Barbudo, «aunque de esas hechas por jóvenes en las que no se cobraba»²⁴.

Poco a poco, por primera vez en la experiencia del exilio literario, en el nuevo *Taller* se creaba la fórmula, repetida hasta el lugar común y tan inevitable en su forma como en su contenido: los dos grupos, al conocerse, se conocían más a sí mismos. Como recuerda Paz:

Los poetas españoles dejaron de ser nombres: no eran ya autores a los que podíamos leer sino personas con las que conversábamos, discutíamos y reíamos. Además, y sobre todo, eran compañeros de trabajo²⁵.

El fervor político-literario del momento celebró la unión de los jóvenes. En su número uno, *Romance* celebra la alianza, además, entre esos jóvenes y sus maestros de generaciones anteriores:

Estos jóvenes tienen por lema no la estúpida iconoclastia que hace años hiciera furor entre los deportivos literatos, sino la inteligencia, la mejor ambición, la serenidad. Los nombres ahí reunidos (...) se unen, principalmente, por su común anhelo de encontrar, dentro de una línea que sea continuación de la verdadera tradición, los caminos en que la literatura, que ya no es un juego, se funde con los destinos del hombre²⁶.

La revista contiene, en los ocho números en que Paz y Gil-Albert la manejan, ciento dos colaboraciones, de las cuales cuarenta y tres o fueron firmadas por españoles o trataron temas españoles, veintiocho de ellas escritas por miembros originales de *Hora de España*.

La derrota de la República había conducido al grupo español hacia posiciones moderadas, pero básicamente congruentes con la *Ponencia colectiva* del Congreso de Valencia. La temperatura del cuerpo exiliado va desde la

resignación de Gil-Albert al sarcasmo furioso de Serrano Plaja y hasta la paulatina cancelación del proyecto de la poesía desde, para y por el pueblo. Un aire de pesimismo y un fortalecimiento de las posiciones y las poéticas individuales empieza a matizar la noción del compromiso. El exilio comienza lentamente a interiorizarse en el ánimo de los españoles. Un viraje semejante se percibe en los colaboradores mexicanos, huérfanos de misión histórica valedera, afectados por un incómodo sentimiento de inutilidad político-social (el «¿Y yo de qué podría hablar?» del poema de Paz) que las vicarias causas de la Guerra Civil y el antifascismo habían atenuado en su ánimo batallador.

Ambos grupos resuelven su entredicho, por un lado, en su interés por descifrar el sentido histórico y psicológico profundo de sus respectivos países (María Zambrano, Rafael Dieste y Sánchez Barbudo ante España; Paz, Revueltas y José Alvarado ante México). Por otro, el interés en precisar la razón de ser de la poesía que había llevado a los españoles a optar por una empeñosa revaloración de «lo humano» y a ajustar cuentas con «el esteticismo del 27»²⁷, aceleran los mismos propósitos en Paz, que escribe su propio «manifiesto», «Razón de ser», en el que ajusta cuentas con los Contemporáneos²⁸, y en otros miembros de su generación, como Efraín Huerta, que inicia sus sonadas escaramuzas con Salvador Novo. Ambos grupos, en resumen, están de acuerdo con Malraux en que «La cultura no se hereda, se conquista»; en que, más allá y más acá de las trincheras y de la muerte, del fascismo y el compromiso, de la democracia y la sorda Europa, está el hombre.

Si *Hora de España* había sido tachada de estetizante o de, como recuerda Gil-Albert, se le había colocado «el marchamo del trotskismo que servía entonces para designar algo vago, heterodoxo y condenable»²⁹, la postura de *Taller* y su humanismo revolucionario comienzan a producir impresiones semejantes ante los comisarios mexicanos. No podía ser de otro modo. En «Pablo Neruda en el corazón», publicado por cierto en la revista de los *duros*, Paz había dicho de la causa de España:

Ni un episodio ni una causa histórica (la guerra civil) es (...) el hecho decisivo de nuestra historia moral, la causa del hombre, en definitiva y para siempre... Esto no es política. No y mil veces no. España no es una «causa política»: que se callen todos los políticos, que aquí, en el corazón nuestro, no hay más que el hombre, el hombre solo, el pueblo solo, en su última y definitiva soledad³⁰.

Una declaración de este jaez resulta demasiado escabrosa para José Manicador, que responde a Paz con el autoritarismo de la LEAR: «Su ejemplo puede ser funesto. Su pesimismo, peligroso. Cuando el poeta es pesimista no hace poesía»³¹. A pesar de la admonición, los jóvenes poetas no entienden

²⁷ Dice Sánchez Barbudo: «En lo literario, para mí es claro que nacimos bajo el signo de lo humano, hondo, y lo social; contra el esteticismo de los del 27». (Carta a Francisco Caudet, Antología de Hora de España, p. 471.)

²⁸ Taller, 2, abril de 1939, pp. 30-34. Decía Paz, entre otras cosas: «Con la ciencia del arte (...) hay que abrirse el pecho. Si heredamos algo, queremos con nuestra herencia conquistar algo más importante: el hombre (...) Nuestro destino es profundizar la renovación iniciada por las anteriores. Llevar a sus últimas consecuencias la revolución, dotándola de un esqueleto, de coherencia lírica, humana y metafísica».

²⁹ Memorabilia, p. 214.

³⁰ Ruta, 4, septiembre de 1938, pp. 25-33.

³¹ Ruta, 5, octubre de 1938, p. 45.

de «condiciones objetivas» y prefieren hablar de «corrientes secretas». El optimismo revolucionario por decreto no toleraba forma alguna de abatimiento ni de interiorización individualista. *Ruta* y sus sacerdotes vuelven al ataque y en su número ocho³² lanzan su excomunión en pluma de Ermilo Abreu Gómez, Contemporáneo arrepentido:

Taller es un problema. *Taller* tiene obligación de definir su rumbo; tiene que fijar su orientación literaria, su posición política; no basta la *calidad* literaria. Esto estuvo bien ayer. Hoy se exige otra cosa: un sentimiento de responsabilidad social, *revolucionaria*, en la literatura. *Taller* tiene que completar la obra ideológica de la revolución. Un sector de ésta le pertenece. Un poco más de atención y *Taller* cumplirá con el tácito compromiso que ha contraído.

Exigirle desde la certidumbre semioficial «sentimiento de responsabilidad social» a estos jóvenes era casi un insulto.

Taller reacciona manifestando su desacuerdo con la exigencia de subordinar la literatura al realismo socialista y al famoso «apartado siete» de los estatutos del PCUS. Su crítica y su poesía, acosadas por la LEAR y eslabonadas por fin con las de las generaciones anteriores, se preparan para dar el salto a «la otra orilla», la orilla romántico-revolucionaria de una literatura atenta al presente, pero, sobre todo, atenta al hombre y a la literatura. La misión por la que optan no es otra que lo que llaman una *esencialidad del hombre*; la función del poeta no es tanto ser un maestro de masas sino un blasfemo aislado. Mexicanos y españoles, lectores de Rimbaud y de Novalis, de Hoelderlin y de Baudelaire comienzan a pensar en la poesía como revelación, mito, memoria y prehistoria:

...Recordarlo ahora, cuando al poeta se le exige fidelidad con su tiempo, no sólo es provechoso, sino urgente e indispensable; muchas de las incomprensiones que la obra de arte suscita en espíritus de buena fe, pero engañados en lo que toca a la esencia, carácter misión de la poesía, seguramente desaparecerían si fuera más frecuente su trato con estas ideas (...) si su fidelidad con su tiempo es legítima no es más que la antigua y entrañable fidelidad del poeta consigo mismo³³.

Vecinas a estas heterodoxias (por llamarles de algún modo) las discusiones internas se agudizaron y no faltó quien interpretó la herejía como un resultado lógico del contagio español. A esto se comenzó a sumar cierta xenofobia, el oportunismo de las envidias y, por el otro lado, el «españolismo absorbente, incluyente, declarado y, aunque nada imperial, claro es, era arrogante» que ha reconocido Sánchez Barbudo³⁴. Solana, que había regresado de Europa y había aceptado en principio la incorporación de los españoles, se inventó el mito de que le habían robado su revista, y en él perseveró ya siempre:

Octavio la abrió a los inmigrantes que la invadieron y desplazaron de sus páginas a escritores mexicanos... así, a los doce números de vida, murió *Taller*, de lo que con una frase un poco fuerte podríamos tal vez llamar *la influenza española*³⁵.

³² Enero de 1939, p. 54.

³³ Octavio Paz, «El Mar (elegía y esperanza)», *Taller* 3, mayo de 1939, p. 42. Un cotejo entre las posiciones de Paz y las de Gil-Albert y Sánchez Barbudo en el mismo período revela una sólida comunidad de ideas.

³⁴ En «El grupo de Hora de España», recogido en Ensayos y recuerdos, p. 97.

³⁵ Polidori, op. cit., p. 64.

No faltó, desde luego, quien se creyera esta historia, ni quien prestara oídos a esa otra acusación tristemente recurrente de la susceptibilidad mexicana:

Los exiliados universalizaron nuestra revista, la pusieron al día, y reflejaron en ella problemas menos locales que los que antes de su llegada nos habían preocupado; pero nada se gana sin perder algo a cambio: perdió *Taller* algo de su mexicanidad, de su sabor regional, y aun de su intimidad, al abrirse a una invasión de gente más preparada y con mayor herencia cultural que nosotros³⁶.

Acusación que se empeñaba (y se empeña aún) en ignorar la dialéctica generacional que conducía a Juan Gil-Albert y a Paz, ya sin distinguos de nacionalidad, a «universalizarse» bajo el magisterio de Bergamín y Cernuda, o de los Contemporáneos mexicanos Jorge Cuesta y Xavier Villaurrutia. Era una pena que el meritorio reencuentro hispanomexicano se viera amenazado por el mezquino temor a «perder identidad».

Solana, por su rencor, y Huerta, por su militancia ideológica, se apartaron entonces del proyecto de *Taller*. Poco a poco la solidaridad con la república y con sus escritores se desvanecía entre la nueva tragedia de la Guerra Mundial y se descomponía en patéticos exabruptos antiespañoles. Salvador Novo comenzó a urdir las ácidas insidias de saliva y tinta que suscitarían la ira endecasílaba de Bergamín y la vergonzante simpatía de otros mexicanos. Se rumoreó que Bergamín, que apoyaba el tiraje de mil ejemplares de *Taller* desde la republicana Editorial Séneca había «comprado» *Taller* —que ahora reaparecía «remozada y endomingada» en palabras de Octavio Barreda, por gracia de «generosas manos amigas en el ascenso»³⁷— para que en ella publicaran los exiliados jóvenes, olvidando que otra parte considerable de los gastos corría por cuenta de individuos e instituciones mexicanas³⁸.

La cizaña no tardó en echar raíces y en poner nerviosos a los inseguros y a los débiles. «El pez que fuma», por ejemplo, dice en su entrega de *Letras de México*, poco después de que se anuncia la aparición de Séneca y de *Romance*:

En el acuario hay pánico y confusión. Un banco de sardinillas migratorias ha invadido las apacibles aguas. Grupos de descontentos se reúnen, impotentes, a murmurar y comentar la calamidad.

—¡Esto es imposible! —dice un pecesito de oro, finísimo poeta—. ¡Ya no digamos agua; ni aire nos dejarán! ¿Cómo van a sobrevivir *nuestras* revistas, *nuestras* instituciones, *nuestras* obras ante la brutal competencia de las que traen o piensan lanzar? ¡Unámonos, que la unión hace la fuerza!

—El asunto no tiene importancia, amigo —le contesta el estoico pez fumador— (...) Es más fácil formar una amistad que gozar de ella...³⁹

El ímpetu inicial que hizo de la llegada de los exiliados una concelebración de la hispanidad, comenzaba a disolverse en una urdimbre de mutuas recriminaciones que no tardaron en hacer irrespirable el ambiente. *Taller*

³⁶ Solana en Polidori, op. cit., p. 62.

³⁷ En «*Revista de revistas*», *Letras de México*, II, 11, 15 de noviembre de 1939.

³⁸ Caudet declara (El exilio..., p. 162n) que la subvención de la revista procedía del SERE, no de Séneca; parece no dar importancia a las subvenciones mexicanas y casi postula que la incorporación de los españoles a *Taller* obedece a esa subvención. Algo parecido sucede con Pedro Salinas que en su *Correspondencia (1923-1951)* transmite a Jorge Guillén el rumor (carta 68, p. 205) de que Séneca «se va a encargar de la revista *Taller*, que hasta ahora hacía el grupo de Octavio Paz, y que se convertirá en revista hispano mejicana, prolongación de Cruz y raya». (Tusquets, Barcelona, 1992.) El hecho es que *Taller* recibía fuerte apoyo del mecenas mexicano Eduardo Villaseñor, de la Casa de España (es decir, Alfonso Reyes) y de la Imprenta Universitaria (es decir, Antonio Castro Leal). El puro apoyo español, fuese de Séneca o del SERE, no bastaba.

³⁹ El pez que fuma era o Barreda o Villaurrutia. *Letras de México*, 15 de marzo de 1940, 15, p. 3.

se terminó eventualmente, en febrero de 1941, por falta de fondos y por cansancio de Paz que, rebasado por los cataclismos ideológicos y hastiado de rencillas, abandonaría México en 1943. Gil-Albert, abrumado por la pobreza, decidiría probar suerte en Buenos Aires. Otros exiliados viajarían a Argentina o a Cuba a rehacer sus vidas, y varios de entre los mexicanos perderían las suyas en los radicales exilios interiores del suicidio o el silencio.

La experiencia del exilio, del encuentro y el reencuentro se resuelve, finalmente, en unos cuantos libros de historias y poemas y, más tarde, en las necesarias memorias. La historia del encuentro ha sido relatada ya, en algunas ocasiones, desde complementarios puntos de vista, generalmente subordinados a una pasión retroactiva. La del desencuentro, que se resuelve en esa subsección literaria hecha de intriga y decepción, o, en todo caso, en la historieta de las guerras literarias, aún está por escribirse. De lo que no cabe duda es de que tanto la historia como la historieta están en las revistas, documentos objetivos e infalsificables de la peripecia intelectual. Por eso es injusto que una revista como *Taller*, capítulo fundamental de la historia del transterramiento y sede de exilios de variada índole, deba padecer, en la historia de la hemeroteca moderna en lengua española, uno especialmente grave: el de la amnesia.

Guillermo Sheridan

